

LA DECLINACIÓN DEL ESPÍRITU CRÍTICO EN EUROPA

H. C. F. Mansilla

“La gente”, observó Octavio Paz en uno de sus últimos textos, referido a la situación europea, “vive más años pero sus vidas son más vacías, sus pasiones más débiles y sus vicios más fuertes. La marca del conformismo es la sonrisa impersonal que sella todos los rostros. [...] La democracia está fundada en la pluralidad de opiniones. Nada menos democrático y nada más infiel al proyecto original del liberalismo que la ovejuna igualdad de gustos, aficiones, antipatías, ideas y prejuicios de las masas contemporáneas.

También en Europa la democracia de masas desplazó a las viejas aristocracias del gobierno y del ámbito de la cultura. Ralf Dahrendorf, uno de los grandes teóricos de la democracia, ha llamado la atención sobre la pérdida que ha significado para Gran Bretaña el ocaso de la antigua meritocracia en los campos de la política y la cultura. Dahrendorf se preguntó por qué la modernidad conlleva la posibilidad de una barbarie y por qué países como Gran Bretaña desplegaron durante el siglo XX una afinidad reducida hacia fenómenos como el fascismo, el nacionalismo y el comunismo. Según su teorema, esto se debería a una modernización incompleta: Gran Bretaña habría sido la primera sociedad en introducir el Estado de Derecho y los derechos humanos, pero habría conservado instituciones contrapuestas a la legitimación moderna democrática, como la Cámara de los Lores, la *High Church* anglicana, el Servicio Civil, el sistema universitario y la presencia de élites meritocráticas en el campo cultural. Esta influencia habría sido decisiva a la hora de crear valores: las normativas meritocráticas constituirían un dique contra la posibilidad de regresión y barbarie que está contenida en la modernidad democrática. Dahrendorf ha observado que la nueva élite dominante, de carácter y alcance mundiales, viaja mucho y cruza fronteras, pero sólo conoce y se mueve en el ambiente de aeropuertos, hoteles, bancos y, obviamente, en el de la tecnología novedosa. Este estrato, según Dahrendorf, rechaza la dimensión nacional, empezando por la política y terminando por la cultura; le son indiferentes las redes tradicionales de solidaridad, la creciente desigualdad social, las convenciones locales y los hábitos regionales, los anhelos particulares de cada país y las necesidades de cada región. Este estrato termina siendo un peligro para la democracia.

En la Europa actual la tan alabada democracia incluye la manipulación de la conciencia de segmentos poblacionales mediante los medios de comunicación, manejados por las nuevas élites, más arrogantes, incultas y aviesas que las anteriores. El orden contemporáneo, con una sociedad civil aparentemente bien educada e informada, no excluye el despliegue de sentimientos nacionalistas, xenófobos e irracionales. Se expanden inmensas redes mafiosas (basadas en los países orientales) y fenómenos de corrupción de magnitud insospechada hace pocas décadas. Ante este tipo de desarrollo, postmodernistas y neoliberales no exhiben la necesaria conciencia crítica; muchos de sus más conspicuos representantes se dedican a alabar las manifestaciones más burdas de la cultura popular. En Europa Oriental, la mayoría de los actuales neoliberales eran hasta hace poco socialistas

convencidos, altos burócratas y administradores de empresas estatales, hoy convertidos en felices propietarios capitalistas de las mismas. En algunos países este proceso ha contribuido a cimentar la tradición autoritaria pre-existente y a debilitar una actitud crítica frente al horizonte normativo. Esta abdicación del pensamiento se percibe también en Europa Occidental, donde se va extendiendo uno de los modelos más refinados de un burocratismo asfixiante y al mismo tiempo se advierten una conformidad de parte de la población y una deplorable inclinación apologetica entre los intelectuales. La edificación institucional de la Unión Europea se asemeja a una fría construcción pragmático-tecnicista consagrada al éxito económico-financiero, con total prescindencia de factores culturales. La adhesión a ella se debe al oportunismo económico. En la edificación de esa comunidad no hay una visión política de largo plazo, no se dan vínculos emotivos, no existen criterios para identificarse con la fábrica legal-institucional, sólo la fría razón instrumental de los burócratas. Contra esto se puede argüir que la Unión Europea ha instituido los centros de excelencia para promover la investigación científica en todas las áreas, incluyendo las más alejadas de la aplicación comercial. Pero el pensador alemán Wolf Lepenies, creador de tales centros, afirmó que el organismo ejecutivo de la Unión, la Comisión Europea (Bruselas), ha desterrado las ciencias humanas y sociales a los confines de sus planes. Habría dejado, por ejemplo, sólo “unas gotitas de sociología para hacer más fluidas las acciones del gobierno y la administración y proveerlas así de una legitimidad adicional”. Menos del 1 % del presupuesto de la Comisión iría a parar a gastos de investigación, y de ese monto, una porción exigua a las disciplinas humanistas. El ex-ministro francés de investigación, Roger-Gérard Schwarzenberg, admitió que los criterios de financiamiento de los proyectos científicos eran la utilización comercial y reconoció que pensadores como Sigmund Freud o Hans Kelsen hoy no serían tomados en cuenta.

La Unión Europea sigue criterios de maximización económica y seguridad militar-estratégica, dejando a un lado todo elemento humanista, es decir, lo que durante siglos conformó la especificidad de la cultura europea y lo que hizo a este pequeño continente grande y encomiable. La dimensión de la actual Unión Europea, su complejidad y opacidad, impiden una vida auténticamente democrática: lo gigantesco no significa *per se* lo positivo y ejemplar. Las decisiones importantes son tomadas por pequeños equipos de tecnócratas, sin que la población se entere. La evolución económica y social va de la mano de un desarrollo uniformador: las identidades nacionales van desapareciendo y pronto dará lo mismo vivir en Helsinki o en Lisboa, porque todo tendrá el mismo carácter homogéneo y aburrido. ■

H. C. F. Mansilla (Buenos Aires, 1942). Filósofo boliviano. Estudió Ciencia Política y Filosofía en la Universidad Libre de Berlín. Es profesor visitante de la Universidad de Zürich y miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua de Bolivia. Entre sus libros, cabe mencionar: *Desarrollo y Progreso como ideologías de modernización tecnocrática*, *América Latina entre la tradición y el postmodernismo*, y *Los tortuosos caminos de la modernidad. Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina*.